

XVI.

PROBO.

¿Será verdad? ¿Arrancará de Roma ciudades tan grandes, provincias tan florecientes, imperios tan ricos, para entregarlo todo á la voracidad de una manceba impúdica y al peculio de unos hijos adulterinos. Júpiter, que reinas en el Capitolio, si no has perdido tus rayos, ¿cómo tardas en blandirlos con fuerza y arrojarlos sobre la frente del protervo?

SEXTIO.

Este oficio de parásito, á primera vista socorrido y cómodo, tiene sus dificultades y sus quebradas. La costumbre requiere que digamos á todo el mundo verdades amargas desde nuestro abati-

miento, y suele costarnos esto días y noches de profundo vacío en el estómago y altas prominencias en las costillas. Venido desde Roma, donde mi franqueza no se apreciaba en todo su valor, á este ejército, cuyas enseñas siguen parásitos tan desvergonzados como yo, quise ayer entre sorbo y sorbo de dulce Falerno, decirle á Antonio que la reina de Egipto juega con él como orgullosa gata con prisionero raton, y del puntapié con que me respondió, rodé las escaleras de su jardín, y en el mármol me abrí la cabeza como un melon, jurando desde entonces á los dioses no volver á meterme en tales peligros, para no dar semejantes saltos.

NATO.

Ignoras, Séxtio, por completo, el código de nuestro oficio. Para comer á dos carrillos y roncar á pierna suelta y divertirse, hay que seguir mi vocacion, la de adulador. Veo á un general vencido, aporreado, fugitivo, y le digo que acaba de conquistar el mundo. Veo á un ricacho, ayer medio parásito como yo, hoy rodeado de parásitos, y le digo que su riqueza, robada en el gobierno de las provincias, proviene de ricas heren-

cias aumentadas por su talento y sus virtudes. Veo á un poeta silbado y le comparo con Cátulo, y le digo que dará á Roma una epopeya digna de emparentar con la Iliada de Homero. Así, ricas túnicas y largos mantos se ciñen casi por sí mismos á mi cuerpo; esencias olorosas caen como menuda lluvia sobre mis cabellos; sitios preeminentes, cerquita de las orejas agasajadas por el rumor de la adulacion, me están siempre reservados en los festines, y el mejor trago viene como por encanto á mi gáznate y los lechones asados corren bajo mis manos. Yo lo sabía, porejemplo, todo; sabía que Octavia llegó á Roma; que César, al verla entrar desdeñada por Antonio, montó en cólera; que la casta matrona intentó con inútil empeño desarmar al hermano amante é interceder por el marido ingrato; que la ciudad entera pide freno á estos escándalos y castigo á estos crímenes; que el día ménos pensado declaran los de allá la guerra al de acá y cazan como una sierva á esta Cleopatra, pero me guardé muy bien de decirlo por miedo á mi corto genio y á las largas manos de Antonio.

SEXTIO.

Pero sabes bien que cada uno de nosotros so-

bresale en géneros diversos. Si todos nos consagramos á aduladores, concluiríamos por ser arrojados de todas partes. ¿En qué mal hora me di yo á este género peligrosísimo de decir la verdad aquí donde todo se alcanza por el fraude y por la mentira?

SILIO.

Pero estais desnaturalizando por completo nuestro arte, esta série de principios científicos aplicables á la vida y á la sociedad. Cúrense magistrados y filósofos de los que gobiernan la tierra y de los que gobiernan los cielos; nosotros los parásitos debemos curarnos de saber dónde están los más hábiles. Investiguen estos en buen hora el secreto de la vida, el origen de las ideas, la superficie del sol, el número de las estrellas; rómpanse la cabeza aquellos por si el elocuente Ciceron, al acabar con Catilina, entregó la República á los caballeros y los caballeros á César; disputen los de más allá sobre si debió Sexto Pompeyo en el golfo de Bayas levantar las áncoras de su navío y ahogar á los triunviros en alta mar, quedándose con la propiedad de esta inmensa mancebía á que llaman tierra; nuestro oficio

es atisbar los festines, entrarnos en ellos de rondon como en nuestra casa, decir frases gratas á los anfitriones, escoger el puesto por donde pasen primero los platos, comer hasta el hartazgo, rebosar de vino hasta embriagar á los demás con nuestro aliento, dormir á pierna suelta, y lejos de perecer en los campos de batalla como gentes vulgares, morir como dioses en los festines, de indigestion, entre un jarro de vino y un plato de jabali. Nuestro arte es difícil por excelencia, puesto que trata de resolver este problema: comer, beber y vestir como un patricio teniendo el peculio de un mendigo. Para desempeñarlo, necesitamos conocer á los hombres verdaderos y á los falsos, cosa más difícil que distinguir la verdadera de la falsa moneda; conservar delicado gusto que aprecie las especies de las salsas diversas y el mérito de los manjares; tener filosofía bastante á soportar la vanidad, la soberbia, el mal humor, la envidia; murmurar de todos sin llegar á indisponerse con ninguno, y hablar con una elocuencia y una retórica que nos abra todas las puertas y nos mantenga en todos los salones. Así, mientras los demás se afanan y sudan y trabajan, nosotros vivimos en fiesta continua y tenemos consagrados todos los días del mes y todos

los meses del año al ócio y al placer. Todo arte exige comer poco y beber menos, el nuestro comer y beber mucho; todo arte necesita de un ajeno instrumento, del plectro el tañedor de cítara, y del cincel agudo el estatuario; nosotros no necesitamos otro instrumento que nuestras muelas; para aprender los demás artes teneis que gastar tiempo y dinero, en el nuestro nacemos ya sabedores é industriados; en fin, los parásitos somos como los poetas, favoritos y privados de los dioses.

PROBO.

¡Y todavía nos extrañaremos de que Roma haya perdido su libertad y su República. —¿Qué veo?— ¡Geminio! ¿Dónde vas?

GEMINIO.

Voy en busca de ligera nave que me lleve á las costas de Italia. Huyo de esta tierra maldita donde reina la vistosisima serpiente del Nilo que ha fascinado á nuestro Antonio. Cuando Calvisco acusó al general de haber regalado á Cleopatra la Biblioteca de Pergamo, rica en doscientosmil volú-

menes; de haberse levantado en un festin tras ella, encerrándose ambos á la vista misma de sus convidados para entregarse á sus amores; de haber oido con verdadera voluptuosidad que los efesios llamasen á nuestra enemiga su reina; de haber, en las audiencias públicas, recibido cartas amorosas de su real manceba, escritas en cristal y cornarina, leyéndolas ante los mismos jueces, á pesar de sus escandalosas frases; de haberse dejado la presidencia de un tribunal, estando en el uso de la palabra Furmo, el más elocuente de los abogados y el más digno de los romanos, por seguir la litera de su amada, que iba con propósito de probar al mundo cómo su amante la prefiere al honor y á la autoridad, las gentes imaginaban tales hechos como invento de los celos y pasto de la maledicencia. Pero yo he visto cosas mayores, más inenarrables. Creia descubrir en mi la proterva un mensajero de Octavia, y me impedía toda entrevista con Antonio. Designábame en los festines el último lugar, para ahuyentarme de los oídos que llena ella con su elocuencia asiática. Mi resignacion ante estas maldades era tan grande como su protervia. Hace dos dias me notó Antonio contrariado, porque la vergüenza se pintaba bien clara en mi rostro, y como el buen natural

no se ha perdido en él todavía, me dijo que hablara en alta voz del objeto de mi venida. «Las cosas en que voy á industriarte, le respondí, deben decirse en ayunas; pero harto, y aún bebido, puedo en alta y clara voz anunciarte que todo iría á pedir de boca, si en vez de reinar Cleopatra en tu corazón, reinara sólo en Egipto.» Enfurecióse Antonio; y Cleopatra se irguió, creciendo como un reptil que se estira, ó para defenderse ó para acometer; y mirándome con ojos semejantes á los ojos de una vibora, que clava su aguijon, me respondió: «Procediste bien; lo que te ha hecho decir el vino, de todos modos te lo hubiera hecho decir el tormento.» Y me parto ahora mismo para decir que no caben ya en el mundo Octavio y Antonio, Roma y Cleopatra.

XVII.

PROBO.

Voy á verlo por mis propios ojos. Voy á ver cómo el Gimnasio, elevado por los Ptolomeos en Alejandria, á ejemplo de los griegos, para desarrollar las fuerzas de la juventud y darle energía, entereza, virilidad, se convierte por un momento, con estas saturnales de Antonio y Cleopatra, en casa de pública prostitucion. Los pórticos sencillos están llenos de cortesanos vestidos como mujeres, según lo rozagante de sus mantos de seda y lo deslumbrador de sus joyas de oro. Los peristilos contienen legiones de innumerables sacerdotes que llenan los aires con las nubes de sus sacrificios y los olores de sus aromáticas esencias. Cada templo de estos dominios ha mandado una ofrenda á la diosa viviente de Egipto, y cada ofrenda vale un reino. En el Efebeo se levantan

airosos, entre tapices de brocado, los tronos que han de ocupar esos locos amantes, tronos de plata y oro, superiores en esplendor y en riqueza á los más bellos y más grandiosos altares. Por las demás salas, por todas las palestras, se ven los guardias de las regiones del Asia y del África, vestidos con sus espléndidos trajes y cargados con sus relumbrantes armas; los jóvenes, que imitan á los griegos, desnudos como en los bajos relieves de Fidias, entonando en coro versos de Píndaro y de Homero; las vírgenes hermosísimas, con sus crótalos hispalenses en las manos, danzando al són de las liras; los magos, diciendo palabras extrañas que recogen sus oyentes con supersticiosa veneracion; mientras que por las florestas y jardines de los alrededores discurren las bacantes con sus coronas de pámpanos á las sienes, su tirso ceñido de hiedra en las manos, sus pieles de ciervo á la espalda, sus palabras incoherentes en los labios, verdaderas imágenes de la voluptuosidad y de la embriaguez.

COROS.

Cantemos la ciudad de Alejandria, la más bella entre las ciudades del mundo. Salió de la mente

del gran Alejandro, como Minerva de la cabeza del gran Júpiter. El cielo de África la mira extático por los ojos de sus estréllas inextinguibles; el desierto la ciñe y la rodea con sus arenas de oro; el Nilo murmura en sus oídos, al deslizarse en el lecho ceñido de palmas y habitado por los cocodrilos, palabras divinas; los obeliscos señalan con su sombra el curso del sol y llevan en sus jeroglíficos pensamientos de la inmortalidad; el mar Mediterráneo la besa con sus ondas recamadas de espumas las sandalias de mármol; el Faro engarza clara luz en su frente; el Asia y Grecia la consultan, porque Alejandría es la perla preciosa del anillo con que se unen y se enlazan los continentes, el santuario en que se confunden y se identifican las ideas.

COROS DE VIRGENES.

Ya viene la hermosísima Cleopatra con los atributos de Isis. Sobre su espaciosa frente se elevan los argentados cuernos en que descansa y reposa el sol de oro. Una túnica blanca, como la azucena de los valles, se ciñe á su cuerpo, tiéndola con los reflejos de la luna, y negro manto sembrado de estréllas cae de sus hombros, seme-

jándose al manto de la noche. En carro de oro se sienta, rígida, fría, solemne como una estatua; y seis blancos briosos caballos la arrastran por las calles cubiertas de tapices y sembradas de guirnaldas. Precédenla los animales simbólicos, y sigue la innumerable cortejo compuesto de devotos á Isis, cuya imágen más bella ven á una en la divina Cleopatra. Los devotos la aclaman de diversas insignias revestidos. Llevan unos tahalies á guisa de soldados; otros cortas clámides que apenas llegan á la rodilla, ligera espada al cinto, venablos de cazador en las manos; éstos, borceguies de oro, trajes de seda recamados de pedrería; aquellos, el casco y el escudo de los gladiadores. Para divertir al pueblo se disfrazan varios de magistrados y fingen grave tribunal, en tanto que otros se calzan las sandalias y se ponen postizas las melenas y las barbas de los filósofos. Pero en cuanto llega la diosa, la maga Cleopatra, todo es grandeza y hermosura. Las más graciosas jóvenes, griegas, egipcias, nubias, vestidas de blanco y coronadas de primaverales guirnaldas, arrojan hojas de olorosísimas flores. Algunas llevan en sus espaldas bruñidos espejos para que la diosa pueda ver y contemplar á cuantos la acompañan y la siguen. Otras ostentan en sus manos caprichosos

peines de marfil, y fingen sabiamente con sus ademanes peinar y trenzar los cabellos de la hermosísima diosa. Toda suerte de candelabros, lámparas, lucernas, faroles de diversas formas y de riquísimos materiales, indican los atributos de aquella divinidad que se asienta sobre los astros. Las sinfonías más dulces repiten la música melodiosa de las estrellas y de sus comunicables y divinas esferas. Solemnes cantatas suben á las alturas como llevadas en las nubes del incienso. Ejércitos de esclavas, lujosamente vestidas, que man perfumes de la Arabia. Las iniciadas se adelantán con los piés desnudos y las cabezas cubiertas de transparentes gasas, y los iniciados tocan platillos de acero, de plata, de oro, produciendo melódicas escalas de armoniosísimos sonidos. Luego siguen los pontífices, llevando sobre su pecho cubierto de blanco lino, las imágenes de los grandes astros á que consagra cada uno de ellos su culto, y cierran la procesion las vacas, las osas, las monas, los dioses con cabeza de perro, el génio que baja del cielo al infierno, y sube del infierno al cielo, á veces resplandeciente como el sol, y á veces oscuro como la noche, á manera de nube relampagueante, y la urna de oro, sobre la cual levanta su cabeza de esmeraldas un lu-

ciente áspid recamado de deslumbradoras escamas, cada una de las cuales se compone de un oriental y trasparente zafiro. Sonriense los cielos á tanta hermosura, y saltan de regocijo los corazones como el cabritillo que trisca entre las plantas y los arbustos de una espaciosa floresta.

COROS DE SACERDOTES.

El gran general que protege á nuestra reina, recibió la sagrada iniciacion egipcia, en los profundos misterios. Su cuerpo se ha purificado en la penitencia y se ha enardecido su alma en las austeras ceremonias. Ha penetrado en lo interior de las Pirámides con la solemnidad misma con que los muertos suben á la eternidad y los dioses bajan á la tierra. Llegado allí, ha descendido en las tinieblas de la noche al hondo pozo, valiéndose tan sólo de sus manos y de sus piés, y luego se ha encorvado para deslizarse á rastra, como una culebra, por los hondos subterráneos. Al fin de la galería brilló de pronto siniestra claridad y en ella surgieron tres chacales que le anunciaron los grandes peligros por correr y las grandes amenazas por salvar. Pero intrépido como en las batallas se arrojó á nado en

el canal sacratísimo sin ahogarse, y pasó sin consumirse por las llamas de la cámara ardiente, por su voraz incendio, como si fuera de amianto, y se sostuvo erguido cuando la tierra le faltaba por completo bajo las plantas, y al cogerse á una argolla y encontrarse pendiente de los abismos insondables azotado por huracanes terribles, ni se entornaron sus ojos, ni se fruncieron sus cejas, como si fuera la misma incontrastable divinidad en toda su omnipotencia. Así ha podido llevar las doce estolas sagradas con los signos del zodiaco; los mantos, en cuyos pliegues van bordados antiguos jeroglíficos, y conocer y profundizar todos nuestros misterios que le han sido por nuestros mismos dioses revelados, gracias á los conjuros de la magia. Y viene en procesion representando junto á la diosa Isis su hermano y su esposo el dios Osiris, el que enseñó á los hombres el cultivo de la tierra y domeñó los mónstruos abortados por las tinieblas.

ANTONIO (*en el trono*).

Os he congregado bajo mis altares de plata sobre los cuales se levantan dos tronos de oro, para deciros que Cleopatra y yo somos como la luna

y el sol entre los astros, como Isis y Osiris entre los dioses. Mi prosapia es á la verdad tan sublime y antigua como la prosapia de los dioses. Yo bien puedo llamarme el Osiris egipcio, puesto que desciendo del Hércules griego. Bien se conoce tan divina ascendencia en mis grandes manos, en mis nervudos brazos, en mi cabeza esférica, en mi frente espaciosa, en mi espeso cabello, en mi rostro sereno como el rostro de un dios. Y Hércules, comprendiendo que faltaban al mundo hombres de su temple, no se contentó con una sola mujer y con una sola familia. Fundó muchas para que muchos heredasen su nombre y su vigor. Así yo he fundado muchas familias nacidas de mi esposa Fulvia, de mi esposa Octavia, y de la más amada entre todas, de aquella que me idolatra y yo idolatro, de la divina Cleopatra. Y para demostrar al mundo que brotan de mi lecho reyes, confirmé á Cleopatra en el reino de Egipto, y le dono Chipre, la isla de la hermosura; Africa, la tierra del valor y de la fortaleza, y le asocio por colega su hijo Cesarion, hijo también del divino Julio César, y por lo mismo de la gloriosa estirpe de los génius y de los dioses. Y Cleopatra tiene frutos de mis amores, Alejandro, á quien dono Armenia, Media y el reino de los Parthos, y Ptolomeo,

à quien dono Fenicia, Siria y Cilicia. Acércate, Alejandro, con las insignias de la dignidad que yo mismo te he ceñido, con la tiara puntiaguda, con la púrpura real; acércate, Ptolomeo, con tu diadema que recuerda la gloria y la omnipotencia de Alejandro. Venid, soldados armenios, venid, soldados medas, y rodead à vuestros reyes y rendidles homenaje como à los dioses. Oriundos del Asia y de Grecia, con ferviente sangre romana en las venas, herederos de los dioses griegos y de los dioses egipcios, su gloria se reflejará en dos continentes, y sus nombres, ya escritos con letras de estrellas en los inmensos espacios, se escribirán tambien mañana indeleblemente en los anales de los pueblos.

CORO UNIVERSAL.

Aclamemos al poderoso, al fuerte, al invencible, al divino Antonio, y que todos los seres se asocien à nuestros loores.

PROBO (*saliendo al frente.*)

Nò, todos los seres no se asociarán à vuestras adulaciones. Aun hay aqui un romano. Yo no

tengo poderes de nadie ni los necesito. Yo siento en mi breve y fugaz sér la Ciudad Eterna. Donde hay un romano, allí está Roma. Y en nombre de Roma te declaro guerra à muerte, general romano, que has pasado à ser general bárbaro. Nosotros no podemos consentir que el imperio del mundo sea repartido, como los manjares de un festin ó como el vino de una orgía, entre los hijos del adulterio, educados como Annibal, en el ódio à la Ciudad Eterna. Tiembla, Antonio, tiembla más tú aun, Cleopatra; el génio del Capitolio habla por mi boca, y todos los maldecidos por el génio del Capitolio se han desplomado en los abismos.

CLEOPATRA.

Calla, fementido, ladron, hijo de mala madre, padre de una generacion maldita; romano falaz y traidor. ¿Cómo te atreves à mirar sin deslumbrarte el sol de los soles.? ¿Cómo injurias al hombre que ha dilatado Roma y sus dominios más allá de los límites soñados por la imaginacion de vuestros poetas y prometidos por el génio de vuestros dioses?

PROBO.

Mientras le imaginé fiel à Roma, le seguí has-

ta el fin de la tierra; ahora que le veo solamente fiel á Cleopatra, le maldigo y le aborrezco.

CLEOPATRA.

Quereis, nacidos ayer en oscura ciudad, hijos de las heces y del rebujo de todos los pueblos, con dioses prestados, sin prosapia y sin historia, sin religion y sin ciencia, poner os al lado de nosotros, que somos Grecia y Asia á un mismo tiempo, que descendemos de Sesostris y de Alejandro, que sentimos discurrir por nuestras venas la sangre de todos los dioses y arder en nuestra mente el fuego de todos los altares? El águila romana que sostuviera en sus garras bajo la mano de Antonio cien pueblos, se ha convertido ya en la gallina clueca de los corrales de Octavio.

ANTONIO.

Repórtate, Cleopatra.

PROBO.

Reina de Egipto, he de verte entrar en el Pomerium romano, atada al carro de nuestros generales, trofeo viviente de nuestras victorias.

CLEOPATRA.

No lo verás, romano, porque ya estoy cansada de tu lengua y de mi paciencia. (*Se baja del trono, saca un cuchillo del cinto y lo clava en el corazon de Probo que cae muerto á sus plantas.*)

PROBO (*al caer.*)

¡Oh Roma!

CLEOPATRA (*señalando con una mano al cadáver y con la otra á Antonio.*)

Divino Osiris, Isis ha ofrecido en tus aras humanos sacrificios. (*Suena un largo y ruidoso trueno que pone en todos espanto.*)

MENSAJERO ROMANO (*abriéndose paso entre la muchedumbre aterrada.*)

Cleopatra, César te declara la guerra, y Júpiter te anuncia la derrota. (*General estupor.*)